

**EL CAMINO DE SAN IGNACIO
Y EL CARISMA DE LAS CVX.**

Exposición del P. Peter-Hans Kolvenbach s.j.
en la XI Asamblea General de la
Comunidad de Vida Cristiana

Introducción

Tengo mucha alegría de estar con vosotros en esta Asamblea Mundial de la Comunidad de Vida Cristiana y de volver a saludar a muchos conocidos de la anterior reunión en Loyola y de mis viajes por vuestros países.

Noto con satisfacción que ha aumentado el número de los participantes y de las naciones representadas. En esta grande variedad de naciones se respira un marcado aire de Pentecostés: ¡Os felicito de corazón por ello!

Por las conversaciones regulares que tengo con vuestro Presidente y miembros del Ex-Co, por mis visitas y por los informes que me llegan de la Compañía veo que en muchas partes la Comunidad Mundial no sólo crece en número sino consolida su organización, se diversifica en cuanto a la edad de sus componentes y realiza servicios apostólicos de mucho empeño y eficacia. Y esto sin querer hablar de la formación, punto en el cual con razón habéis puesto siempre especial esmero, considerándolo como condición indispensable para que la vida en el Espíritu produzca frutos duraderos.

En la Asamblea Mundial de Loyola os hablé de la misión de las CVX a la luz del misterio de la Visitación de Nuestra Señora. Como María, también las Comunidades de Vida Cristiana se han puesto en marcha con decisión para salir a servir al Cristo que nace, crece, padece y triunfa en las vidas, sufrimientos y victorias de los hombres de nuestro tiempo.

En los cambios a los Principios y Normas Generales que discutiréis en estos días descubro este mismo deseo de intensificar vuestro sentido apostólico y daros estructuras que os ayuden a este fin.

La nueva evangelización en que desde el Concilio está empeñada la Iglesia y a la que el Papa nos llama con invitaciones apremiantes necesita de toda vuestra colaboración. Ya no vale decir -como talvez pudo ser verdad en otros tiempos- que tal desafío es sólo para obispos y monjes. La nueva evangelización es cosa de todos, es responsabilidad también de los laicos que "tienen la vocación y misión de ser anunciadores del Evangelio" (CL 33).

La inminente proximidad de los Aniversarios Ignacianos nos invita a contemplar a Ignacio y su camino histórico como el camino providencial que dio origen a la Comunidad de Vida Cristiana. Guiados por su modo de contemplar, recorramos y miremos pausadamente este camino, deteniéndonos en tres pasos sucesivos: su llamado a servir a Dios ayudando a los demás; el nuevo género de vida religiosa que para ello crea; la formación de comunidades de laicos marcadamente apostólicos. Podemos estar seguros que Dios querrá decirnos por este medio muchas cosas que nos muevan a "reflexionar para sacar provecho".

VIDA PARA LOS DEMÁS

Cuando el Ignacio maduro hace una relectura de toda su vida para dictarla al P. Gonçalves da Câmara reconoce que el deseo de ayudar a los prójimos ha estado en él desde el tiempo de sus lecturas de convaleciente (Aut. 11). En Manresa y en medio de una gran variedad de estados interiores el peregrino nunca dejó de "ayudar a algunas almas que allí le venían a buscar, en cosas espirituales" (Aut. 26). Y cuando entendió que Dios no lo quería en Jerusalén, se decidió a estudiar seriamente "para poder ayudar a las ánimas" (Aut.50). Desde entonces y de manera cada vez más explícita el "ayudar a las ánimas" -es decir a la persona entera y en todas sus dimensiones- será el resorte, la fuerza motriz de todos sus deseos, proyectos y realizaciones.

Para Ignacio existe una equivalencia entre la "gloria de Dios" y el "ayudar a los prójimos". Los Ejercicios en varias formulaciones adecúan el fin del hombre, su salvación, con la gloria de Dios. La gloria de Dios consiste en la salvación del hombre. Ayudar a los demás a conseguirlo es dar gloria a Dios. Conquistando todo el mundo y todos los enemigos se entra "en la gloria del Padre"; trabajando y sufriendo con Cristo se llega a seguirlo en la gloria" (EE 95).

Con razón se ha identificado a Ignacio de Loyola con el lema "AMDG". Pero no se trata de un lema genérico, impreciso, abstracto. Ni debe sonar a planes grandiosos, palabras grandilocuentes, espiritualidades sublimes. La "mayor gloria de Dios" es una cosa muy grande y a la vez muy simple. Es insertarse activamente en el gran plan apostólico de la Santísima Trinidad: "Hagamos redención del género humano" (EE 107).

Ignacio espera que nosotros nos pongamos bajo la bandera de Cristo nuestro Rey y Señor y que vayamos por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas... a todos queriendo ayudar (EE 145-6).

Estamos llamados a mirar el mundo con la mirada apostólica de Dios, de las tres personas divinas que miran lo que sucede en toda la tierra y siguen enviando al Hijo para que prosiga su encarnación salvadora de los hombres (EE 102).

El ayudar a las ánimas no conoce límites. Busca la salud de todo el hombre y de todos los hombres. No es un salvataje a la desesperada de individuos aislados sino quiere reunir a toda la familia humana en la "gloria del Padre". Incluye a la creación entera -"... los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces y animales..." (EE 60)- que espera ser liberada de la vanidad a que los enemigos de Dios la han sometido (EE 63).

La contemplación ignaciana de la Encarnación nos vincula al querer central del Corazón de Dios: actuar en

favor de todos los hombres y mujeres, enseñarles, sanarles, unirse a ellos en amistad, hacerles el bien (EE 91). Colaborar como instrumento fiel y potente con esta acción de Dios es la gracia y vocación de Ignacio.

EL FERMENTO REVOLUCIONARIO DE IGNACIO

En la historia de la espiritualidad cristiana este enfoque ha sido un fermento revolucionario. La espiritualidad en tiempos de Ignacio era prevalentemente monástica, marcada por la huida del mundo detrás de los muros del monasterio. Porque San Ignacio recibió su vocación y misión siendo laico, lo que domina por sobre todo es el carácter apostólico: "No somos monjes, sino apóstoles".

Esto significa ante todo quedarse en el mundo tal cual es: el que Dios ha querido y quiere y el que nosotros hemos descuidado, construido y destruido. En el fondo de su deseo de ser siempre y en todo peregrino se oculta la voluntad de jamás retirarse a "su" casa y poder así considerar el mundo entero como "casa".

Este mundo es para Ignacio la masa de los hombres, y en particular de aquellos que necesitan ayuda. El apóstol es enviado al corazón de las masas para continuar allí la obra salvífica del Señor, para "ayudar a las ánimas", es decir a las personas, a que lleguen a ser lo que en el fondo de ellas mismas son. Especialmente las personas que padecen necesidades urgentes y mayores porque nadie más se ocupa de ellas. Ignacio mueve a participar en el amor de Cristo por los que están en el mundo, un amor hasta el fin.

Sin duda Ignacio ha comenzado este camino como solitario. Pero al pensar en un Dios que quiere ser "Dios con nosotros", y al contemplar a Cristo en medio de sus apóstoles, crece en él el deseo de "respirar" y "aspirar" junto con otros este amor por el mundo. Así vino a reconocer que existe una gran diversidad de caracteres y de dones, tantos como son los "apóstoles".

Para una espiritualidad que busca a Dios en todas las cosas, la renuncia al Coro fue una concreción radical

de este deseo de no huir del mundo sino llevarlo activamente a Cristo. Personalmente Ignacio amaba la liturgia, los salmos, el oficio, la música de iglesia. Pero su vocación y misión de "ayudar a las ánimas" lo mueve a dedicar a éstas su tiempo y energía, a reservarles el espacio principal en su vida.

Ignacio es un convencido de que Dios no está ausente de este mundo y que su presencia activa trabaja siempre y llena todo el universo. Sólo es preciso saber descubrirla mediante una visión de fe y una mirada de amor a cada cosa. En todo Dios hace signos, pero es necesario tener sensibilidad. Porque también es posible que miremos todo y no veamos nada. Ser contemplativo es justamente tener esa capacidad de verlo todo a la luz de la fe, todo lo que existe y sucede en el mundo.

Esta visión se refiere a un Dios que está trabajando en todo. Invita pues a la colaboración, a continuar su obra en nuestras actividades, en nuestros proyectos. Buscar el rostro de Dios en el corazón de las masas es descubrir en nuestra vida y en nuestro mundo la respuesta a nuestra oración: "¿Señor, qué quieres que haga?". No en el coro y la liturgia de las horas sino en la acción con Dios en el mundo consiste la oración ignaciana. Esta oración apostólica no busca el descanso o la quietud ni tampoco una iluminación o un momento de belleza. Hace que las alegrías y las penas, las esperanzas y las angustias entren en una visión de fe para en seguida poder pronunciar sobre ellas en el nombre del Señor una palabra de vida y realizar los gestos de Cristo en ayuda de los que sufren.

Para que la oración en medio de la actividad del mundo sea auténtica y no una ilusión, requiere según San Ignacio de momentos fuertes de oración a fin de familiarizarse con el misterio de Cristo, con su manera de pensar y trabajar y hacerse sensible a escuchar sus deseos. De aquí la preferencia ignaciana por el examen de conciencia, no para acusarse sin cesar, sino para discernir en las acciones y hechos de todos los días la presencia viva del Espíritu del Señor que está trabajando. Dentro de este contexto más pleno se debe entender la defensa de Ignacio de una oración corta pero intensa.

Lanzado por este camino espiritual Ignacio ha querido oponerse a las cosas "espirituales" extraordinarias y poner una gran confianza en lo cotidiano. Mientras la espiritualidad monástica tendía más bien a construir un mundo especial, Ignacio no quiere cosas excepcionales. Compara con gusto a San Juan Bautista, muy singular en su manera de ser, con el Señor y los apóstoles que viven un estilo de vida corriente. También hoy día la espiritualidad ignaciana pide que "convirtamos" en Cristo todo lo que constituye la vida real de los hombres. El nombre mismo de Comunidad de Vida Cristiana parece querer sugerir esta valoración de lo cotidiano.

En fin Ignacio renuncia a la estabilidad y uniformidad de la vida monástica en favor de una opción por el dinamismo y el cambio. Renovarse sin cesar es una dimensión inherente a la espiritualidad ignaciana. Pero esto exige evaluar constantemente los proyectos y las actividades a fin de saber si son verdaderamente la voluntad de Dios para "ayudar a las ánimas". Requiere también adaptarse a los cambios de los tiempos y lugares para que nuestra ayuda esté regida por el "magis". Todo esto en una perspectiva que se mueve más allá de lo local o regional y asume el cuidado de todas las iglesias. Para Ignacio es claro que este ideal supone una gran disponibilidad de alma y una real movilidad en nuestras acciones.

Veamos ahora cómo y por qué camino el fermento revolucionario de Ignacio pasa a plasmarse y a inspirar numerosas comunidades de laicos de las que proviene la Comunidad de Vida Cristiana.

LA GRACIA DE FORMAR COMPAÑÍAS

Desde que surgió en Ignacio el deseo de estudiar para aprovechar a los prójimos se puso a buscar compañeros para realizar esta tarea. Muchos fueron los pasos y las vicisitudes por las que llegó a reunir en una nueva orden religiosa a ese primer puñado de siete "amigos en el Señor". La Compañía de Jesús medita agradecida durante

este año ese largo proceso que le dio origen. Pero no es cosa que concierna sólo a los jesuitas. Porque la gracia ignaciana de reunir compañeros es mucho más amplia y extendida que aquella. La historia da cuenta de innumerables realizaciones, entre las que figuráis vosotros, continuadores de las Congregaciones Marianas y de las "compañías" de laicos surgidas por iniciativa de Ignacio y sus compañeros. El nuevo párrafo que os proponéis introducir en el proemio de vuestros Principios Generales toca este punto. Reflexionemos sobre esto un poco más, preguntándonos por la fuente de esta gracia de formar compañías y por el significado que pueda tener hoy para vosotros.

Las "compañías" son una institución medioeval que agrupaba a laicos en confraternidades o corporaciones profesionales a fin de cultivar la vida cristiana y realizar obras de bien. Existían en casi todas las parroquias y eran la expresión de la iniciativa laical y del espíritu solidario de aquella época. Se las llamaba también cofradías, congregaciones, sodalícios.

Ignacio y sus compañeros se preocuparon de renovar las ya existentes y de crear otras nuevas. Así nacieron la "Compañía del Nombre de Jesús", 1539, en Parma, a raíz de las misiones de los Padres Fabro y Láinez; la "Compañía de los huérfanos", 1541, la "Compañía de la Gracia", 1543, y la "Archicofradía de los XII Apóstoles", 1547, las tres en Roma por iniciativa de San Ignacio; la "Compañía para ayuda de pobres vergonzantes y encarcelados", 1549, en Mesina, por impulso del P. Nadal. La idea se extendió en Italia por todas partes: Siracusa, Palermo, Nápoles, Perugia, Florencia, Ferrara, Venecia, Padua, Génova. Lo mismo en otros países de Europa y en lugares para aquel entonces tan lejanos como Goa, Etiopía, Lima y México.

Sus características son en todas partes las mismas y se basan en la compañía más antigua, la iniciada en Parma por el Beato Fabro que les legó por escrito su modo de vida. Su fin es "crecer en el conocimiento y amor de Dios y del prójimo". La primacía de Dios por sobre todo

él. Primero que nada los que se unieron en la compañía que él nunca permitió que fuese llamada "de Ignacio" sino "de Jesús". Pero también tantos otros, hombres y mujeres, que se sintieron inspirados y alentados para servir al Reino de muchas maneras. Los gruesos volúmenes de las cartas de Ignacio atestiguan lo variado de sus interlocutores y lo vasto de sus intereses.

Ignacio supo inculcar a sus primeros compañeros este estilo de trabajo apostólico que suscita colaboradores. Los Padres Fabro y Laínez lo practicaron con tanto éxito entre los seculares de la "Compañía de Jesús" de Parma que produjeron entre sus miembros una reacción en cadena de Ejercicios: "...así los dan a otros: unos a diez, otros a catorce personas. Apenas se termina una nidada, comienza otra. De modo que vemos los hijos y los hijos de nuestros hijos hasta la tercera y cuarta generación" (Laínez, Mon. I, Ep. 2 junio 1540, pag.4). Varios miembros de esta comunidad de Parma, entusiasmados por una tal experiencia, entraron más tarde a la Compañía de Jesús y propagaron por todas partes el método aprendido. Fue el caso del Padre Antonio Criminales, Jerónimo Domenech, Benedetto Palmio y Paulo d'Achille. Los tres últimos, junto a Diego Laínez, Jerónimo Nadal y Pedro Canisio, introdujeron el sistema de Parma en los colegios de Sicilia de donde se difundió por todas partes, especialmente en los países germánicos por medio de San Pedro Canisio.

Esta rápida incursión en la historia de la primera generación jesuita muestra que la formación de comunidades laicales fraguadas en los Ejercicios -las compañías- no es un hecho fortuito sino toda una política pastoral bien trazada. Lo que habían experimentado como bueno y provechoso para ellos, pensaron que también podría serlo para los demás. San Ignacio seguía con gran cuidado e interés todo lo concerniente a la creación y desarrollo de estas compañías. Y nadie que sepa que las Constituciones fueron escritas en base a las experiencias de vida de los compañeros se maravillará que contengan directrices respecto a estas compañías. A ellas hace dos o tres veces referencia la parte séptima con el nombre de "obras pías

más durables", "fundaciones para ayuda de los prójimos" y "congregación" (623 y 651). Atento a que el bien sea más universal y más durable, Ignacio recomienda que se prefiera ocuparse en tales fundaciones que ayudan a más personas y por largo tiempo. Los jesuitas no pueden ser miembros bajo obediencia de ellas, pero las promoverán entre los seculares para ayudar a los enfermos, pobres, encarcelados y demás necesitados (650:"... procurando otros lo hagan"; 651).

La Comunidad de Vida Cristiana, continuadora de las Congregaciones Marianas, proviene de este subsuelo y en su historia de 450 años constituye en su conjunto uno de los modelos mejor logrados en la historia del apostolado laico.

REFLEXION ACTUALIZADA PARA SACAR PROVECHO

La historia no se repite pero de la historia se aprende a releer con mejor perspectiva los desafíos actuales y futuros. La Comunidad de Vida Cristiana puede aprender mucho de este pasado. Contra este trasfondo, quiero referirme brevemente a algunos aspectos del vasto tema de las mutuas relaciones entre la Compañía de Jesús y la Comunidad de Vida Cristiana. Considero que es un tema importante para un servicio apostólico más eficaz de todos los que de una u otra forma nos inspiramos en San Ignacio.

En vuestras Normas Generales propuestas para la aprobación de esta Asamblea se dice que ha de haber "una buena colaboración con la Compañía de Jesús y con otras personas, comunidades e instituciones que comparten en algo la tradición ignaciana" (14). Nuestra legislación jesuita contiene recomendaciones semejantes en relación a vosotros (CG 31, 32 y 33). Conviene observar que en ambos casos se trata de normativa posterior al Concilio Vaticano II, que enfatiza la autonomía y responsabilidad propias del laicado y sus asociaciones.

El tema de las relaciones mutuas entre religiosos y laicos que participan de una determinada espiritualidad es materia hoy de un intenso debate. Nadie se contenta ya

con posturas autodefensivas, separatistas o reivindicativas, vengan de cualquier lado. Se prefiere renunciar a establecer líneas de demarcación demasiado precisas entre las actividades temporales peculiares del laico y las de los religiosos. Igual cosa respecto al papel de los laicos en la evangelización explícita. La reflexión actual se mueve en términos de integración y de mutua complementariedad de religiosos y laicos.

Hasta hace muy poco algunos miraban con sospecha y hasta con molestia el que laicos participasen en el carisma particular de un instituto religioso. Lo sentían como una amenaza a la intimidad de la vida religiosa, una violación de algo que les pertenecía en exclusividad. Y desde el ángulo laical, esto era considerado como atentatorio a la vocación fundamental del seglar, una traición de su condición en el mundo. Tales suspicacias no son prerrogativa de un solo lado y se han dado por igual en religiosos y laicos. Encubren elementos muy tenaces de clericalismo y anticlericalismo de vieja estampa decimonónica.

Quien comprende que los carismas están al servicio de toda la Iglesia, nunca negará al laico su derecho de ayudarse en su vida cristiana de un carisma particular que le es dado. Por hacerlo no es menos seglar sino un seglar con más potencialidades. Tampoco es un "semi-religioso" sino un cristiano que comulga con una familia religiosa en la pluriformidad de un carisma. Este enfoque de las cosas excluye que los seglares y religiosos se sientan autónomos, autosuficientes, no referidos los unos a los otros. Aleja igualmente todo exclusivismo en la interpretación y realización del carisma. Aquí como en todo lo que se dice del Pueblo de Dios rige el principio trinitario de que la identidad ha de ser vivida en relación.

La Comunidad de Vida Cristiana comparte relacionamente con la Compañía de Jesús y con otras personas, comunidades e instituciones el carisma de San Ignacio. Lo mismo vale mirado desde la Compañía, lo que acrecienta para todos nosotros las posibilidades de "ayudar a las ánimas", que es en definitiva lo que cuenta.

Sabemos con qué tenacidad luchó Ignacio para que la Compañía no se viese obligada a tomar a su cargo cualquier cosa -parroquias, cargos eclesiásticos o una rama jesuita femenina- que disminuyese su movilidad misionera. Con igual denuedo procuró que las compañías laicales promovidas por él y sus compañeros gozasen de la máxima autonomía de dirección, con sus autoridades y reglamentos propios. A este propósito escribe a Eleonor Osorio, esposa del Virrey Juan de Vega y una de sus grandes colaboradoras primero en Roma y después en Sicilia: "...se ha hecho una compañía de gentiles donas romanas para favorecer y servir a esta obra pía (la Casa de Santa Marta para dar acogida a prostitutas), y así a tres de ellas hemos dado todas las tres llaves, ..." (Mon. Epist. I, 564). ¡Estas tres llaves de una obra por la que Ignacio tanto se interesó poseen una carga simbólica que nos ilumina hoy día!

"EL DIVINO SERVICIO Y GLORIA QUE TODOS PRETENDEMOS"

Al leer la correspondencia de San Ignacio impresiona su desasimiento respecto a la Compañía. Reiteradamente dice que la Compañía no se pertenece tanto a sí misma como a aquéllos que la ayudan a realizarse en el servicio de Dios nuestro Señor (Mon. Epp. 3,401-402; 8, 535-536 y passim). Lo que a él verdaderamente importa es que "Dios nuestro Señor a todos dé su gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos, y aquella enteramente la cumplamos". Y esto sin hacer distinción si el canal de la voluntad de Dios es eclesiástico, laico o religioso. Tan radical disponibilidad no se explica con la concepción jerárquica que Ignacio tiene de la sociedad de su época. Por encima de todo está su pasión por "el divino servicio y gloria que todos pretendemos". Pienso que aquí poseemos una luz fuerte para regir la relación entre la Comunidad de Vida Cristiana y la Compañía de Jesús.

Termino retomando el tema de una nueva evangelización, tema tan discutido y profundizado con vivo interés en este continente que se apresta a celebrar el quinto centenario de la llegada de "la espada y la cruz". No son sólo los países de antigua evangelización los que necesitan ser re-evangelizados; el mundo entero está lleno

de viejos y nuevos ídolos; en todas partes yacen hombres y mujeres heridos al borde del camino que esperan el paso del buen samaritano que los venga a ayudar. ¿Cómo empezar tal tarea en ese mundo? ¿Por dónde lanzarse en la misión evangelizadora? Estoy cierto que esta es la gran pregunta que todos vosotros os hacéis.

La Comunidad de Vida Cristiana aspira a establecer una trama visible de comunidades en que no haya ruptura sino unidad entre la fe y la vida, entre el Evangelio y la sociedad. Este es vuestro gran desafío y contribución a la re-evangelización de los pueblos. Hoy como siempre son las vidas las que hablan y mueven a abrazar a Cristo con fuerza renovada y renovadora. La herencia espiritual de Ignacio de Loyola os prepara y os envía a esto. Pero nunca olvidemos que no hay cuarta semana de Ejercicios sin la tercera. Nada asegura -ni el Evangelio ni la experiencia plurisecular de la Iglesia- que en nuestro esfuerzo por evangelizar el mundo moderno lo transformará en una sociedad cristiana donde todos los demonios y falsos ídolos hayan sido para siempre exorcizados. El mismo fracaso de Jesús y sus palabras nos dicen que hemos de vivir preparados para abrazar la Cruz, que hoy se prolonga en la cruz de los pobres y afligidos y en nuestras propias cruces.

Sin Cruz no se evangeliza verdaderamente. Vuestra presencia en el mundo debe ser signo de esta característica del caminar en la Pascua del Señor. Y no hay signo más convincente que el llegar hasta dar la vida por los que uno ama.

* * *